

LOS DISCURSOS DE GÉNERO EN LA JUVENTUD PERUANA Y LA EXPERIENCIA COMUNICATIVA DE *ANDAMIOS*

GONZALO PORTOCARRERO MAISCH

El autor agradece a la asociación Defensa de los Derechos de las Mujeres (Demus), en especial a su directora Roxana Vásquez, el haberle encargado este estudio.

INTRODUCCIÓN

Éste es el tercer informe sobre el discurso de género en la juventud a partir de la experiencia comunicativa de *Andamios*. El primer informe se fundamentó en la realización de cuatro grupos focales en la ciudad de Lima. En su elaboración se privilegió un enfoque básicamente descriptivo, pues lo que interesaba era sistematizar y presentar las opiniones de los jóvenes de cada grupo focal en torno a la obra, las relaciones de género y las causas de la violación.

El segundo informe se basó en la realización de cinco grupos focales en las ciudades de Cusco y Trujillo. En su elaboración se impuso la necesidad de una reflexión teórica que permitiera trascender la aproximación descriptiva caso por caso del primer informe. Es así que, gracias a la discusión teórica, la relectura de los resultados del primer informe y el

análisis de los nuevos grupos, se identificaron tres discursos instituyentes de las relaciones de género: el machista, el patriarcal y el de la equidad. Este avance fue muy significativo, pues permitió hacer un mapa del discurso social sobre el género; es decir, ubicar las distintas posiciones posibles en torno a cómo son y deben ser las relaciones de género.

El tercer informe se realiza con base en una relectura de los informes anteriores y en una reevaluación de los resultados de los grupos focales. Incorpora literalmente algunas partes del segundo informe, pero va mucho más allá. El avance decisivo se dio cuando me percaté de que cada uno de los discursos mencionados tiene un ámbito de validez específico. Es decir, el discurso implica una lógica de comportamiento, una racionalidad, que está referida, principalmente, a una esfera de la vida. Existe una suerte de división del trabajo que explica que racionalidades tan distintas puedan coexistir entre sí. Digamos entonces que el machismo es un discurso que instituye el cuerpo y la sexualidad. Mientras tanto el discurso patriarcal norma sobre todo la esfera privada, las relaciones familiares. Por último, el discurso de la equidad hace lo propio con la esfera pública, con el mundo laboral y político. La especialización de los discursos, sin embargo, no significa que no haya conflictos entre ellos. Así como también se producen hibridaciones de distinto tipo.

Al terminar el presente informe tengo la sensación de estar comenzado una investigación. Me quedan muchas pre-

guntas e incertidumbres, mas considero que el presente trabajo abre un camino.

Este tercer informe se fundamenta en el análisis de nueve grupos focales realizados con jóvenes de quinto de secundaria en las ciudades de Lima, Cusco y Trujillo. La tarea de los grupos focales fue conversar sobre las relaciones de género en la sociedad peruana, así como opinar sobre la obra de teatro *Andamios*, que los jóvenes habían visto antes de participar en los grupos y que sirvió de estímulo para que reflexionaran sobre las relaciones entre hombres y mujeres. En consecuencia este informe se divide en dos partes:

- Los discursos sobre el género vigentes en los jóvenes que participaron en los grupos focales.
- La propuesta de *Andamios* y su recepción por los jóvenes que participaron en los grupos focales.

LOS DISCURSOS SOBRE EL GÉNERO VIGENTES EN LOS JÓVENES QUE PARTICIPARON EN LOS GRUPOS FOCALES

MARCO TEÓRICO

En las líneas que siguen se desarrolla un marco teórico *ad-hoc* que nos ayude a dar significado a las observaciones efectuadas y al material acumulado en el transcurso de la investigación. Se trata de un ensamblaje de ideas

específico e instrumental, elaborado a partir de la confrontación de las impresiones dejadas por el trabajo de campo con una serie de teorías previas disponibles en el campo de las ciencias sociales. En el fondo, se trata de hilvanar un vocabulario que nos permitirá hablar interpretativamente —explicar— sobre los hechos registrados en los distintos grupos focales.

a) El discurso puede ser definido como una articulación de significaciones sociales que establece el ser histórico de una realidad dada. Los discursos cristalizan los resultados de la imaginación creadora en la forma de imágenes sobre lo que la realidad es. En otras palabras, la instituyen, definen sus características. En el caso que nos concierne: el sexo, hecho biológico, se convierte en género en la medida en que las diferencias sexuales son imaginadas o significadas por la sociedad. El mayor tamaño del hombre y su pene, por ejemplo, son valorados como el fundamento y el símbolo de la superioridad masculina, de la asimetría de deberes y derechos en las relaciones entre los géneros. Surge así, mediante la proyección de un conjunto de atributos sobre cada uno de los sexos, un sistema de género. Los discursos, a la manera de un programa o *software*, moldean las posibilidades ofrecidas por la biología. Es muy importante tener en cuenta que estos discursos no son necesariamente verbales y que su aprendizaje no siempre pasa por la comunicación lingüística y la conciencia. En efecto, los discursos suelen existir ante todo como imágenes encarnadas en prácticas habituales que se

aprenden e internalizan por la identificación y la imitación. Bourdieu las llama "razones prácticas". Entonces, más que por medio de lecciones explícitas, el niño(a) aprende a ser hombre o mujer observando y haciendo propia la sensibilidad y el comportamiento de su padre/madre, según corresponda a su sexo. Estas imágenes pueden ser verbalizadas y conceptualizadas, generándose así un metadiscurso que supone el aislamiento y la apropiación cognitiva de las imágenes que fundamentan las conductas masculinas y femeninas. Esta diferencia entre discurso y metadiscurso, o discurso de segundo orden, nos previene de una concepción intelectualista de los comportamientos y del aprendizaje. Desde luego que los metadiscursos pueden influir en las imágenes y en las propias prácticas; pero también es posible, de hecho es lo más usual, que los actores no sean conscientes de los discursos y que imaginen sus conductas como emanaciones de una esencia, como hechos naturales.

Los discursos tienen que ser comprendidos como lógicas de comportamiento ancladas en ciertos principios o imágenes primordiales acerca de cómo es la realidad. En el caso del discurso machista, como se verá, la idea de que el hombre está urgido por una impulsividad que sólo agónicamente puede controlar, representa un principio incuestionado y dinámico que tiende a moldear toda una representación de la masculinidad. Si los impulsos son tan poderosos no tendría que sorprender, por ejemplo, que el hombre no pudiera honrar

sus compromisos o que recurriera a la fuerza si no se cumplen sus expectativas.

b) La subjetividad debe ser entendida como un campo estructurado por la sociedad, donde la presencia de una entidad, llámese yo o conciencia, supone un nivel de síntesis y centralización que hace posible la creatividad de la acción y que fundamenta, por tanto, la libertad y la responsabilidad; la existencia de un sujeto, de un efecto que excede sus causas como lo formula Zizek. El mundo interior debe concebirse como el resultado de un proceso de educación de los impulsos en el que paulatinamente va emergiendo un interlocutor o agente con un sentimiento de mismidad, capaz de dar cuenta del pasado y de elaborar y realizar proyectos para el porvenir. En todo caso la unidad es relativa, pues la subjetividad también debe imaginarse como vida, como flujo de una realidad plural y diversa, como una conversación donde se dan cita diferentes voces que son como el eco de los discursos internalizados. No debe sorprender entonces la oposición y el conflicto, así como el consiguiente malestar en el mundo interior. En todo caso, la conformación de la subjetividad tiene una dimensión social, ya que supone la internalización y sedimentación de representaciones colectivas, de distintas imágenes acerca de la buena vida, de aquello que es correcto hacer. La coexistencia de discursos opuestos en el dominio subjetivo puede no ser problema siempre y cuando no haya conciencia de la contradicción; es decir, si la autorreflexión es nula o

reducida. Cuando ésta se desarrolla, sin embargo, las incoherencias pueden convertirse en motivo de incertidumbre, ansiedad y culpa. Debe tenerse en cuenta que la reflexividad no es cualidad primordial de un individuo aislado, sino que resulta de condiciones y exigencias ajenas sobre un cuerpo que es sólo una posibilidad humana. Mac Luhan, por ejemplo, piensa que ella resulta de la palabra impresa y de la escritura, pues, a diferencia de lo que ocurre con la oralidad, el ejercicio continuo de la lectoescritura impulsaría el desarrollo de la coherencia y la reflexividad en desmedro de la soltura y simplicidad que se derivan de la palabra hablada. No obstante, también debe tenerse en cuenta la invitación de Cristo al autoexamen cuando reprueba a los que mirando la paja en el ojo ajeno no se percatan de que tienen una viga en el suyo. Sea como fuere, es claro que el desarrollo de la reflexividad representa una fuerza unificante, un límite a la incoherencia. En todo momento debe tenerse en cuenta que el mundo interior es más que un espacio vacío llenado por la cultura. Existe allí una presencia irreductible al discurso, una densidad opaca y primordial que es la vida.

c) La herramienta metodológica empleada en la investigación es el grupo focal. El grupo focal es una reunión de personas, entre diez y quince, expresamente convocadas a fin de que opinen sobre un tema específico. La dinámica del grupo focal se asienta sobre una serie de convenciones derivadas del hecho de ser una situación artificial, extracotidiana, cuyo

sentido primordial es permitir la identificación de los puntos de vista posibles sobre un tema y poner en evidencia la interacción típica entre ellos. Entonces se comprenderá que no interesa tanto que el grupo logre un consenso en el desarrollo de la conversación, sino que del eventual debate se expresen las diferencias, las distintas perspectivas y los modos característicos en que se relacionan entre sí. La reunión es dirigida por un moderador que distribuye la palabra y facilita la intervención de todos los convocados. El moderador confronta al grupo con preguntas que representan la especificación y desarrollo del tema de interés. El tiempo de reunión tiene que ser el suficiente como para agotar la agenda, siendo, por tanto, variable, aunque lo usual es alrededor de 90 minutos.

Mediante los grupos focales es posible reconstruir la totalidad del discurso social vigente sobre un tema. Este proceso de reconstrucción, que supone haber transcrito lo conversado, tiene varios momentos; el primero consiste en notar y aislar las opiniones más frecuentes sobre un tema, las ideas que se reiteran una y otra vez. Sobre esta base, a continuación, en un segundo momento, resulta posible identificar las ideas eje, los principios o centros que definen las distintas formaciones discursivas. Finalmente, en un tercer momento, es posible reconstruir estas formaciones discursivas o discursos, entendidos como conjuntos sistemáticos de afirmaciones; es decir, una combinación de juicios coherentes y

complementarios entre sí. Al conjunto de los discursos posibles sobre un tema se le puede llamar discurso social. Éste sería equivalente entonces a la suma de todos los discursos existentes. La coexistencia de discursos en un grupo focal significa que éste puede ser considerado como una encrucijada cultural, como un espacio social donde se revelan las diferencias, tensiones y acomodaciones entre distintas perspectivas. Por otro lado, es claro que aunque cada miembro del grupo contenga virtualmente todo el discurso social, lo más probable es que en su participación asuma sólo uno de los discursos, aquél que ha escogido como suyo, que lo identifica públicamente.

La dinámica del grupo focal es muy característica y reveladora. En un primer momento predominan las opiniones estereotipadas. Nadie se arriesga a la controversia. Todos dicen lo que se supone que debe decirse, lo que se espera escuchar. Posteriormente, en un segundo momento, los participantes se sueltan y pueden desarrollar las ideas generales o proponer otras de menor consenso. Entonces, comienzan a emerger los distintos discursos. A veces puede haber polémica y hasta confrontación de posiciones. Cuando en el grupo hay confluencia de opiniones se vive una atmósfera gozosa que resulta de la satisfacción de estar en comunión, de estar construyendo algo juntos. Cuando dominan los monólogos o el enfrentamiento, se vive un clima de ansiedad. La experiencia de estos grupos nos indica, sin embargo, que las se-

siones más interesantes son aquellas tensas y trabadas, puesto que es en ellas donde se tiene todo el abanico de posiciones discursivas frente a un tema. En todo caso, la propia dinámica de la reunión resulta de mucho interés para el análisis de la relación entre los discursos.

PRINCIPALES RESULTADOS

a) Hacia una reconstrucción del discurso social sobre el género vigente entre los jóvenes participantes en los grupos focales. Los resultados de los grupos focales nos pueden ayudar a reconstruir el discurso social sobre el género vigente en la juventud peruana. No obstante, en tanto la agenda que se propuso a los grupos no estaba destinada a una exploración sistemática de las concepciones sobre el género, sino que estaba centrada en el enjuiciamiento de *Andamios* y, por otro lado, en la discusión de las causas de la violación, no puede pretenderse que los resultados permitan un mapeo exhaustivo del discurso social. En cualquier forma lo que sí es posible hacer a partir de los resultados es identificar ciertos principios básicos que representan el núcleo de otros tantos discursos sobre el género.

Ahora bien, los discursos sobre el género establecen el significado de lo masculino y lo femenino en los distintos ámbitos de la vida. De hecho, tematizar los ámbitos de la vida es siempre, en alguna medida, arbitrario. La siguiente clasificación es útil para entender la racionalidad de los discursos de

género: corporalidad y sexualidad; espacio privado: familia; espacio público: trabajo y política. En todo caso es claro que los resultados permiten sólo una reconstrucción aproximada, pues la discusión en los grupos estuvo lejos de abarcar todos estos ámbitos. De cualquier forma, el análisis de los resultados nos lleva a identificar tres discursos sobre el género: el machista, el patriarcal y el de la equidad.

b) El discurso machista se centra en el cuerpo y la sexualidad. En su base está la imagen de un hombre que (casi) no puede resistirse al imperio de sus impulsos agresivos y sexuales. Es decir, la masculinidad es concebida como una potencia física y sexual extremadamente fuerte e indómita; simbolizada por el pene en erección. La mujer, en cambio, es definida a partir de la ausencia de pene, como careciendo de potencia, como objeto de presa y conquista; es decir, es imaginada como proyección del deseo del macho. Dados estos supuestos, la dominación masculina y la correspondiente subordinación femenina son presentadas como datos irremediables. El hombre es, pues, impulsivo y dominador, arbitrario por naturaleza. El deseo es su ley. Entonces que quiebre sus compromisos sería lógico porque después de todo (casi) no puede controlar la fuerza de sus impulsos. La monogamia, por ejemplo, fracasaría (casi) inevitablemente porque niega la masculinidad. La feminidad, mientras tanto, es imaginada como algo radicalmente dependiente e incompleto, como algo a ser poseído, inviable sin la autoridad masculina.

Es probable que los enunciados anteriores representen el “núcleo duro” del discurso, el fundamento de la doxa machista. Una suerte de matriz generativa de conductas y opiniones.

En el grupo focal del colegio Bartolomé Herrera se presentó este discurso en forma casi pura.

Estas ideas de hombre y de mujer están implícitas en la manera en que los jóvenes de ese plantel de estudios imaginan la violación. En efecto, ésta sería una suerte de accidente, una desgracia fatídica que ocurre cuando un hombre (“aguantado”, hambriento de sexo), se cruza con una mujer que, queriendo o sin querer, lo provoca. La violación sería un hecho desde luego lamentable, pero no siempre fácil de evitar. Además, las responsabilidades serían compartidas. No obstante, el discurso machista puede ir aún más lejos. Es el caso de las opiniones que insisten en que la responsabilidad es atribuible sobre todo a las mujeres, porque sabiendo como son los hombres, los excitan; y muchas veces ni siquiera resisten la violación, sino que colaboran disimuladamente con ella. Esto es, ellas quieren y no quieren pero finalmente, en lo más hondo, sí quieren.

Veamos algunas opiniones del colegio Bartolomé Herrera:

- 1. “La mujer contribuye a que la puedan violar porque hay mujeres que se visten escandalosamente con polos cortos, pantalones cortos, con huecos en los pantalones y todo eso”.

- 2. “Provoca al hombre en las fiestas porque se cree la vacilonera, se cree lo máximo, o entran a bailar y se pone en el medio y comienza a hacer movimientos que seguramente excitan a otra persona”.
- 3. “Se quiere sentir el alma de la fiesta, la reina del hogar, que todos los chicos la adoren, como si fuera una diosa”.
- 4. “Hay personas que no se dejan violar por nada... yo creo que ella ha querido excitarlo”.

En el apartado 1 se dice que la mujer que se viste “escandalosamente” está dejando ver que quiere ser violada. En el 2 y el 3, se dice que un despliegue inoportuno de sensualidad tiene el mismo significado. En ambos casos se presume que la mujer que exhibe sus “encantos” es una mujer pública, que se está ofreciendo. Ahora bien, puede que sus intenciones no sean éstas, que no esté buscando sexo. Pero aun en ese caso, sus deseos —ser el centro de una reunión, ser adorada “como una diosa”— tampoco son inocentes, pues suponen salirse de la órbita propiamente femenina de la discreción y el recato, donde podría estar segura, sin atraer miradas ni encender fantasías. En cualquier forma, sólo en lo privado, frente al marido, sería legítimo el despliegue de la sensualidad femenina. Finalmente, en el 4 se dice que el hecho mismo de que una violación haya culminado es un indicio revelador

de la complicidad femenina. Se supone que la mujer que no quiere ser violada está en capacidad de oponer una resistencia exitosa. En realidad, se exige a la mujer una disposición a dar la vida antes que dejarse penetrar. Exigencia, desde luego, injusta y que lleva a sospechar de la víctima: ¿acaso ella no habrá querido?, ¿por qué no se defendió con más ahínco? Sospechas que son muy frecuentes. En este sentido es aleccionador recordar los rumores que señalan que cuando Sarita Colonia iba a ser violada, los facinerosos descubrieron espantados que ella no tenía sexo. Es decir, la idea es que una mujer realmente virtuosa no puede ser violada.

¿Por qué en el grupo de alumnos del Bartolomé Herrera se encuentra el discurso machista tan en la punta de la lengua? Presumiblemente por dos razones: primero, se trata del único grupo compuesto totalmente por varones y, segundo, ellos provienen de una cultura criolla popular donde es sabido que el machismo tiene una fuerte gravitación.

c) El discurso patriarcal da por sentado que la desigualdad entre los sexos conlleva una jerarquización, que el poder les corresponde a los hombres por sus atributos intrínsecos. El discurso patriarcal tiende a concentrarse en la familia y la esfera reproductiva, en el espacio de lo privado. Imagina a las mujeres como débiles y bellas; y a los hombres, como fuertes y toscos. En consecuencia, los hombres deben proteger a las mujeres y las mujeres deben atender a los hombres. A la galantería masculina corresponde la coquetería femeni-

na. En la toma de decisiones en el hogar, la última palabra la debe tener siempre el hombre. En el discurso patriarcal el ser de cada uno de los géneros está definido por una imbricación de hechos naturales con imperativos éticos. Así, el hombre, para serlo efectivamente, tiene que llegar a ser un caballero; es decir, alguien responsable de honrar sus compromisos; capaz de autocontrolarse, de someter su impulsividad a los mandatos sociales que prescriben lo que es bueno y lo que es malo. Otro tanto sucede con la mujer que requiere de refinamiento y moralidad para llegar a ser una dama. La impulsividad total sería entonces propia de los niños o de la gente vulgar y sin educación. De cualquier forma, la arbitrariedad no se justifica.

El discurso patriarcal supone, pues, que la educación es básica para un modelamiento correcto de los impulsos, para que los hombres lleguen a ser caballeros y las mujeres, damas. Someterse a las reglas hace posible una complementariedad civilizada y permanente, aunque asimétrica, pues el hombre es el polo dominante de la relación. En todo caso, a diferencia del discurso machista, en el patriarcal, con el acatamiento a la ley, la mujer deja de ser imaginada como una proyección de los deseos masculinos y es definida, en cambio, como sujeto de derechos, aunque también como disposición a la entrega, como capacidad de amar.

Veamos las siguientes opiniones:

- 1. “(Que tengan iguales derechos)... pero que tenga un poco más de preponderancia el varón... porque siempre tiene que tomar la decisión el varón... claro consultando a la mujer... decisión de los dos pero un poquito más del varón” (hombre, colegio Uriel García, Cusco).
- 2. “Nosotras tampoco vamos a sacar a bailar... no... ¡qué vergüenza!... el hombre que no pierda su caballerosidad... a toda mujer le gusta que el hombre le jale la silla” (mujer, colegio Marcial Acharán, Trujillo).
- 3. “Por ese lado tiene un poquito de ventaja el hombre... él lo expresa y lo demuestra (que le guste una chica). Ella: ¡Ay! Que me saque a bailar... y al final... de repente ni me saca (mujer, colegio Marcial Acharán, Trujillo).
- 4. “Lo normal es que el caballero invite a la dama” (hombre, colegio Marcial Acharán, Trujillo).

Todas estas opiniones comparten el supuesto de que en la relación entre los géneros lo normal es que el hombre tenga el poder y la iniciativa. En el apartado 1, el joven recomienda el diálogo y el consenso en la pareja, pero reivindica la última palabra para el varón. En el 2, la joven, hablando a nombre de su género, confiesa y reprime el deseo de poder tener la iniciativa en el momento de elección de la pareja de baile. Le

gustaría pero le da vergüenza este comportamiento, al que considera que no resulta propio de una dama; se prestaría a comentarios adversos, cuya anticipación la disuade a renunciar a su deseo. Pero en la misma opinión se plantea que tal renuncia está de alguna manera compensada por las atenciones que la caballerosidad supone para las damas. Habría una suerte de contrato que implica que las renunciaciones de las mujeres fundamentan sus privilegios y que lo mismo ocurre con las obligaciones de los hombres respecto a sus derechos. Así, la mujer no debe expresar su deseo pero, a cambio, puede esperar una serie de consideraciones especiales. Paralelamente, al hombre, como contraparte de sus atenciones, se le reconoce la facultad de dirigir. En el 3, la joven concluye que en este contrato, o ajuste de expectativas, los varones salen ganando. Ellos tienen la posibilidad de expresarse y el derecho a la iniciativa; a ellas, mientras tanto, sólo les queda esperar, tratando de confiar en que sus atractivos o buena suerte harán posible la realización de sus deseos. En el 4, el joven enuncia una de las reglas básicas del cortejo: el hombre debe invitar. Lo que no se dice pero sí se deduce es que ello significa que el hombre tiene la iniciativa, la capacidad de proponer, quedándole a la mujer, en todo caso, la posibilidad de rechazar.

Los discursos machista y patriarcal no son necesariamente excluyentes. Pueden integrarse con conflicto o sin él. Es posible, por ejemplo, que coexistan armónicamente. Sería el caso

del caballero-macho o de la dama-puta. En efecto, como el discurso machista define el cuerpo y la sexualidad, y el discurso patriarcal hace lo mismo con el ámbito doméstico y las relaciones familiares, es posible que coexistan cada uno rigiendo su propia esfera. Pero los conflictos son muy posibles. La lógica machista de la mujer objeto puede ir más allá de la sexualidad, extendiéndose al campo de la familia, dejando a la mujer sin ningún privilegio. O la racionalidad patriarcal del consentimiento y la negociación enfrían la impulsividad sexual. Las racionalidades pueden cruzarse colocando al sujeto que actúa frente a dilemas que reclaman solución, o que en todo caso producen insatisfacción y culpa. (Hay una práctica de la sexualidad que no esté marcada por el machismo).

d) El discurso de la equidad se concentra en el mundo laboral y la esfera pública, postulando el principio de que la diferencia sexual no debe justificar la desigualdad de oportunidades para el desarrollo personal. El discurso de la equidad surge de la extensión de la democracia al imaginario de género. Tiene como correlato un sentimiento crítico, de recusación de la dominación y la injusticia. El discurso de la equidad es sobre todo ético, pues considera a las relaciones de género desde la perspectiva de la justicia. Lo real tiene que subordinarse a lo que es correcto. Al afirmar la necesidad ética de cambiar las relaciones de género, el discurso de la equidad se rompe con el supuesto de que la biología y la genética determinan el destino. No obstante, el aspecto

propositivo del discurso de género; es decir, la elaboración de nuevas significaciones para el hecho de ser hombre o mujer, está mucho menos desarrollado que el aspecto crítico. El discurso de género es conceptual y está sobre todo en la conciencia y la opinión. En cambio, está débilmente encarnado en costumbres y hábitos. Veamos algunas opiniones:

- 1. "Las mujeres queremos destacar igual que ellos, queremos tener los mismos derechos que los varones" (mujer, colegio Clorinda Matto, Cusco).
- 2. "Eso nos enseñan en el colegio... En Educación Cívica, en Educación Familiar... para que tengamos una buena sociedad... para que tengamos un buen desarrollo... para que nuestro país salga adelante todos debemos ser iguales... todos tenemos los mismos derechos" (mujer, colegio Clorinda Matto, Cusco).
- 3. "Somos el sexo débil porque no podemos cargar... pero en la sola inteligencia yo creo que la mujer se ha superado mucho... por qué nos van mandar a la cocina si yo puedo ir a trabajar a una oficina y todavía lo hago mejor que un hombre" (mujer, Instituto Superior del Cusco).
- 4. "Todos somos iguales y debemos tener las mismas oportunidades" (hombre, Instituto Superior del Cusco).

— 5. “Más hemos cambiado las mujeres que los hombres” (mujeres, colegio Marcial Acharán, Trujillo).

En el caso 1, es visible que el discurso de la equidad se nutre del deseo de triunfar sobre la competencia; de ser reconocida(o), “destacando”, siendo más que los demás. La justicia en las relaciones entre los géneros significaría entonces que este anhelo fuera posible; es decir, que las oportunidades de hacer carrera sean las mismas para hombres y mujeres. En el caso 2 se legitima la igualdad de derechos a título de medio imprescindible para el desarrollo de la comunidad. El valor supremo es, pues, la colectividad, mientras tanto, el individuo y la equidad aparecen como instrumentos para su engrandecimiento. En el 3, la educación de la mujer se presenta como condición para cuestionar la arbitrariedad de la dominación masculina. La creencia de que la subordinación de la mujer está determinada por su debilidad física aparece como resultado de la ignorancia y de la conveniencia de los hombres. En el 4, la igualdad de oportunidades aparece como consecuencia de la creencia de que ante Dios o la sociedad todos los seres humanos tenemos, en principio, igual valor. En el 5 se reconoce que el protagonismo en el cambio de las relaciones de género ha estado en el sexo femenino.

Las relaciones entre los discursos de la equidad, machista y patriarcal en la misma subjetividad pueden ser muy variadas. En principio es posible que coexistan sin tensiones en la

medida en que cada uno de ellos norme un área específica: cuerpo-sexo, hogar-privado, laboral y política-público. No obstante, los conflictos son característicos. En efecto, el discurso de la equidad, aunque se concentre en el mundo laboral y público, tiende a subvertir la vigencia del discurso patriarcal en su ámbito específico: el hogar. Así, en la medida en que la provisión de dinero ya no depende únicamente del varón, en tanto la mujer aporta tanto como él, la idea de que la última palabra le pertenece al hombre, que a él le toca decidir, queda sin mayor respaldo. De la misma manera, la lógica del discurso de la equidad viene a legitimar el placer femenino, erosionando la verosimilitud y moralidad del discurso machista sobre su énfasis en que la mujer se realiza en tanto instrumento para el placer masculino.

LA FUERZA DEL DISCURSO

DE LA EQUIDAD. TIPOS DE RESISTENCIA

El discurso de la equidad prevalece entre los jóvenes participantes en los grupos focales. Éste es el hallazgo más importante de la investigación. En todos los grupos (salvo el Bartolomé Herrera, compuesto por varones del mundo criollo popular) este discurso es la norma aceptada por (casi) todos cuando se trata de discutir cómo deben ser las relaciones entre hombres y mujeres en los espacios públicos. Desde los colegios pobres de Cusco hasta la Universidad Católica, pasando por los colegios de clase media baja de Trujillo: el

discurso de la equidad está definitivamente presente en todas partes, motivando intervenciones resueltas y de amplio consenso, sobre todo de las jóvenes. En grupos mixtos el discurso de la equidad tiende a silenciar los discursos patriarcal y machista. En definitiva es el discurso más moral, argumentable, prestigioso y civilizado.

Hemos encontrado dos modalidades de resistencia al discurso de la equidad.

La primera en el ISTEP, Cusco, fue una resistencia frontal. En efecto, en medio de la discusión sobre las relaciones entre los géneros, en circunstancias en que el discurso de la equidad prevalece sin contestación, un joven, para sorpresa de todos, sostiene que los varones son intelectualmente superiores a las mujeres. El aserto justifica el predominio masculino en las esferas laboral y pública y desestima el principio de la equidad como una negación artificiosa de lo natural y evidente. El tono de la intervención es personal y desenfadado, como queriendo desinflar una creencia sin fundamento, que la gente repite por quedar bien pero sin estar realmente convencida. La intervención del joven intensifica el diálogo, da lugar a una polémica. Algunos varones lo respaldan, otros lo critican. Todas las jóvenes, en cambio, están en contra. La situación es de interés por cuanto se produce un sinceramiento. Es decir, los participantes se involucran más en el intercambio de ideas y empiezan a decir cosas que usualmente callan. Las jóvenes concuerdan en que tienen menos fuerza física,

pero reivindican tener igual capacidad intelectual. Además, señalan con orgullo que son más sensibles, que se preocupan por los otros, que son mejores, que tienen un mayor valor moral. Los jóvenes, por su lado, aceptan ser menos sensibles y se declaran machistas sin orgullo pero tampoco sin vergüenza; es decir, como una realidad ni deseable ni repudiable. Finalmente expresan alivio de ser hombres en vez de mujeres. Están contentos con su sexo, lo prefieren. En síntesis, la resistencia frontal al discurso de la equidad dio lugar a una dinámica en que las jóvenes hicieron orgullo de su valor moral y los jóvenes se felicitaron de ser varones.

La segunda, en el colegio Uriel García, Cusco, fue una resistencia oblicua. No es que se niegue abiertamente la validez del discurso de la equidad, sino que se le resta importancia; si se presenta en la conversación, se cambia de tema, no se quiere oír o discutir. Ésta fue precisamente la reacción de un joven que comentando *Andamios* intentó desviar el flujo de la conversación dentro del grupo. En efecto, cuando se estaban manifestando las primeras impresiones y el consenso apuntaba a señalar que la obra denuncia con vigor la discriminación y la violencia que sufren las mujeres, el joven irrumpió en la conversación denunciando que la obra no toma en cuenta los valores ancestrales del Perú, lo que sería una limitación y una pena, pues pese a su gran significado estarían siendo olvidados. En vez de aprobar *Andamios* por su denuncia de la injusticia, el joven la condena por no rescatar

los valores tradicionales. En realidad, no le da importancia a la cuestión de género. Frente al hecho fundamental de ser todos descendientes de los incas, la cuestión de pertenecer a distintos géneros no tiene trascendencia. En resumen, no se enfrenta argumentativamente al discurso de la equidad, tan sólo lo ignora.

RESUMEN: EL DISCURSO SOCIAL
DE GÉNERO EN LA JUVENTUD

— El discurso de la equidad prevalece en el modelamiento de las expectativas de lo que deben ser las relaciones entre hombres y mujeres en el ámbito público, en las esferas laboral y política. El consenso es que ambos géneros deben tener iguales oportunidades. Hay, sin embargo, resistencias, sobre todo, oblicuas.

— En el ámbito de lo privado, el discurso patriarcal está muy presente aunque esté siendo muy criticado por los jóvenes. Las imágenes del caballero protector y galante, y de la dama, como de su casa, tienden a perder vigencia. Los jóvenes exigen que las tareas domésticas sean compartidas por los varones y aspiran a tener la misma libertad para su uso del tiempo libre. Los jóvenes, mientras tanto, critican a las mujeres "sangronas" que se hacen invitar pese a que puedan tener los mismos ingresos.

— En el ámbito de la sexualidad y del cuerpo prevalece el discurso machista. Aunque es necesario investigar en qué medida está emergiendo un movimiento del cuerpo y una sexualidad inspirados en el discurso de la equidad.

**LA PROPUESTA DE ANDAMIOS
Y SU RECEPCIÓN POR
LOS JÓVENES QUE PARTICIPARON
EN LOS GRUPOS FOCALES**

Como hecho artístico, *Andamios* es difícil de clasificar. La directora Ana Correa considera la obra como una "acción escénica". Suerte de género híbrido en el que se reúnen la música, el canto y la danza en función de contar una historia. En todo caso, para una apreciación de *Andamios*, es importante tipificar el tipo de relato sobre el que se basa. La fábula debe diferenciarse del cuento. En el caso de la fábula toda la narración está al servicio de probar una conclusión o moraleja. Una lección tan evidente, que toda persona de buenos sentimientos tendría que aceptarla. Se trata, pues, de una enseñanza moral disfrazada de historia. Las fábulas suelen ser obvias y esquemáticas. No hay dilemas morales. El curso de acción bueno es fácilmente distinguible y es totalmente opuesto al malo. La fábula está dominada por un propósito pedagógico. Como género didáctico, la fábula tiene límites precisos. El relato es demasiado lineal y esperable,

muy alejado de las fantasías o de las experiencias vitales, por lo que el interés que pueda despertar es muy relativo. Además, es posible que caiga antipática, pues el lector/oyente se sentirá defraudado si concluye que la historia ha sido sólo un pretexto para imponerle una lección. Por lo general a los jóvenes no les gustan las fábulas ni el moralismo.

El cuento, en cambio, tiene una estructura narrativa más libre. Aparentemente no se trata de probar nada, sino de entretener o maravillar. No hay un propósito consciente que guíe el desarrollo del relato. No obstante, los cuentos, como dice Bettelheim, pueden transmitir mucha sabiduría. Hay un mensaje cifrado que es comprendido casi sin quererlo conforme se repasa la historia buscando respuestas a las preguntas con las que el cuento nos deja. Según Bettelheim, por ejemplo, la caperucita roja representa una advertencia para las adolescentes, pues ellas tendrían que cuidarse mucho de hacer buen uso de su capacidad de seducción. Usarla frívolamente podría llevarlas al desastre. La caperucita no tenía por qué hablar con el lobo dándole información sobre sus actividades. Ése fue su fatal error. El cuento no obliga, sugiere; no condena, muestra.

Andamios tiene de fábula y de cuento. Quiere evitar los peligros del didactismo: lo demasiado previsible es aburrido y, por otro lado, el moralismo tiende a ser manipulatorio y es resistido, sobre todo por los jóvenes, hartos ya de escuchar lo mismo: "¡Haz esto! ¡Sé lo otro!" De todas maneras la apuesta

de la obra es transmitir un mensaje. ¿Cómo transmitir un mensaje sin ser predecible y aburrido? Para sintetizar la fábula y el cuento, y para llegar a los auditorios juveniles a los que está dirigida, en *Andamios* se optó por una narrativa compleja, tanto en el argumento como en el lenguaje; a veces la obra es tan compleja que roza el hermetismo. El relato no es ni lineal ni transparente. Se buscó una presentación crítica pero no moralista ni simple de la masculinidad. Los hombres de *Andamios* fundan mucho de su identidad en la capacidad de ejercer violencia y en subordinar a la mujer; no obstante, también pueden ser solidarios y comprensivos. Además, en definitiva, ellos cambian en el transcurso de la obra. Se optó por una presentación reafirmativa pero no mistificada de la feminidad. La mujer de *Andamios* lucha pero igual tiene miedo y siente vergüenza. Se le dio una gran importancia a la danza y la música.

Andamios es una experiencia exitosa de lo que podría llamarse educación por el arte. Arte que comunica un discurso. En efecto, aunque el fundamento de *Andamios* es la música y la expresión corporal, es claro que la obra está atravesada por una apuesta a persuadir de la justicia y de la posibilidad del discurso de la equidad entre los géneros. Lo vivaz del espectáculo favorece una atención concentrada y un deleite que predisponen a la identificación con el mensaje. En realidad, *Andamios* mueve las fibras adecuadas: el gusto por el *rock* y el culto a la irreverencia, característicos de la juven-

tud, junto con el deseo de justicia, la piedad por la víctima y la crítica del abuso, aspiraciones que pueden ser de todos.

A los jóvenes les gusta tanto *Andamios* que le perdonan todo. Aunque no la entiendan íntegramente, igual les entusiasma. En los grupos focales aparecieron una serie de comentarios críticos. El primero es una cierta inquietud sobre el lenguaje. Los jóvenes, desde la imagen estereotipada de lo que es una obra de teatro, dudan sobre la validez o el buen gusto de recoger el lenguaje de las calles con sus expresiones toscas y directas. Por lo general la duda se resuelve a favor de *Andamios*. Se converge en la apreciación de que ese lenguaje le da veracidad y que es, por tanto, el apropiado. El segundo se refiere al hermetismo de la obra, sobre todo de la acción que viene después de la primera parte. En mi opinión, dicha crítica está justificada porque después de ver la obra once veces aún no he logrado entenderla del todo. En la primera parte la narrativa es transparente. Pero en la segunda ya no queda tan claro lo que está sucediendo. La misma directora Ana Correa es consciente de esta dificultad. Ella no piensa que sea un problema, pues considera que la obra no sólo debe hablar a la inteligencia sino también, y sobre todo, a los sentidos. Antes que razones o conocimientos debe transmitir imágenes e impresiones. Esa sería la manera de impactar realmente al público. Dejar una marca. A favor de esta idea tengo que recordar aquí el entusiasmo y el eco que les produce a las jóvenes frases como: "¡Las mujeres sí podemos!" o "Mi cuerpo es mi casa,

mi casa es mi cuerpo". Aunque no hayan entendido toda la obra es un hecho que las jóvenes salen contentas y empoderadas de la función.

Sin quitar validez a estas apreciaciones se puede hacer, sin embargo, un comentario que nos ayude a explicar por qué la obra pierde a veces contundencia y se aleja de su público. En la primera parte, como se sabe, las amigas de la chica que ha sido violada se infiltran en la construcción donde creen que se haya el culpable, quieren descubrirlo pero tienen que disfrazarse de hombres pues las mujeres no son aceptadas como albañiles. Toda esta parte es muy clara. Los obreros son machistas y los actores los representan con total convicción. La gestualidad y los movimientos de los personajes son rotundos y expresivos. El flujo narrativo avanza sin traspies. No sucede lo mismo en la segunda parte. La trama se deshilvana y la obra se vuelve difícil de entender. En esta parte se plantea un cambio en las formas de ser. Las mujeres sin miedo, ni vergüenza. Afirmativas. Y los hombres han dejado atrás el machismo. Pero la propuesta de cambio no se llega a perfilar con claridad en la obra.

Ahora bien, tenemos que preguntarnos por qué la muestra-denuncia del machismo es mucho más clara que la propuesta de un modelo alternativo a las relaciones entre géneros. Me parece que la respuesta está en que este modelo es sobre todo una aspiración y no algo concreto y tangible. Sería ésta la razón que explica la falta de contundencia de las partes de

la obra que presentan el discurso de la equidad. El discurso de la equidad no está aún encarnado como esquema corporal, como forma de mover el cuerpo. Opino que no sabemos todavía cómo se moverán los cuerpos cuando estén animados por el discurso de la equidad. La primera parte funciona muy bien porque los actores prestan a sus personajes el lenguaje corporal que mejor conocen. Pero en la segunda parte ya no saben cómo moverse. Se recurre entonces a una simbología que, a pesar de hacer recordar el realismo socialista, es oscura. Me refiero a la parte final donde hombres y mujeres, con movimientos muy lentos, portando una antorcha, emprenden una suerte de marcha triunfal en una escena grandilocuente destinada a mostrar la belleza de la paz y la igualdad entre los géneros. Lo que quiero decir es que la oscuridad de esta segunda parte de *Andamios* tiene que ver con la dificultad de mostrar el funcionamiento de un discurso que pertenece sobre todo al mundo de la opinión, que aún no está encarnado en gestos y posiciones corporales.

Pero lo más importante para explicar el éxito de *Andamios* es que representa un discurso que se está esperando; como señaló Carmela Pérez, "corresponde a lo que humanamente tienen derecho y perciben como que son sus necesidades de desarrollo. Tiene que ver profundamente con su vida". El éxito de *Andamios* tiene que ver con ser un elemento más en esta transformación de las mentalidades.